

# San Martín de Porres, el Santo del Tercer Mundo

Que me perdone el Padre San Francisco, pero un mulatito, humilde donado de Santo Domingo, que apenas sabía leer y escribía difícilmente, le está haciendo la competencia. Enorme revuelo va a haber en el cielo el seis de mayo, cuando en la tierra Juan XXIII canonicase a **Fray Martín**. Y una verdadera revolución copernicana va a constituir en la solemne basílica vaticana el ingreso triunfal de Fray Escoba en la gloria de Bernini.

Mingote, el genial caricaturista español, nos ha trazado la vida de Fray Martín en deliciosas caricaturas, que para algunos gritan irreverencia, pero que habrán sido golosina accidental de Fray Martín en el cielo, como lo están siendo de tantos niños y de tantos seres complicados en la tierra. En el cielo Martín de Porres debe ser el capitán de esa nube de angelitos negros, que tan magistralmente pintó nuestro inspirado Andrés Eloy Blanco. ¿Serían angelitos negros los que le escoltaban con antorchas, cuando por la noche se paseaba disciplinándose por la azotea del convento de Santo Domingo de Lima?

La prehistoria de **Martín de Porres** es casi tan oscura como el color de su piel. Y se repitió con insignificantes variantes, y se repite aún hoy, con tan monótona insistencia en nuestro mundo latinoamericano que no hace historia, y apenas estadística.

Hijo natural de un hidalgo castellano, burgalés por más señas, Don Juan de Porres, y de una esclava negra, la panameña Ana Velázquez nace en 1597 en Lima. En la partida de bautismo queda inscrito como hijo de "padre no reconocido". Su padre no le abandonó, como tampoco a su hermana Juana, y hasta se los llevó consigo a Quito. Un día le dice su tío el capitán Don Diego de Miranda: "—¿Quiénes son esos mulaticos que vinieron con vuestra merced a estas tierras?—" "Son hijos míos; repuso el buen Don Juan, y de Ana Velázquez, y por tanto debo sustentarlos y darles la educación correspondiente". Cuando Don Juan va de gobernar real a Panamá queda Martín con su madre, y para ayudarla busca trabajo en casa de un maestro barbero, donde aprende el oficio, a sangrar, y el empleo de ciertas hierbas medicinales. El albéitar o barbero de aquellos tiempos era como un practicante de hoy. Pronto el barberillo mulato comenzó con su maletica a recorrer las calles prestando sus múltiples servicios. Ana Velázquez regañó más de una vez a su hijo, porque lo poco que ganaba encontraba pronto destino en las manos de pobres y mendigos. Amanecía en la iglesia de San Lorenzo, donde ayudaba varias misas antes de su trabajo, y en la noche se entretenía en dulce conversación con Cristo durante horas enteras.

Fragantes aún sus quince años toca a las puertas del grandioso convento de Santo Domingo, y pide ser admitido en él "para ser santo, para edificarse con la compañía de los religiosos y ser el criado de todos." Y le aceptaron como donado, como sirviente, que sin hacer la profesión, vestía un hábito blanco con escapulario y capa negra, y vivía con los frailes. Durante nueve años perseveró en esta humilde condición de donado. Quiso imitar la humildad y mansedumbre del Señor. Más tarde un vizconde francés, Carlos de Foucauld, se haría también pobre criado de unas monjas en Nazaret. El gobernador de Panamá, caballero de Calatrava, y padre del mulato Martín, montó en cólera cuando supo que su hijo era un humilde donado. Pero la voz de la sangre se aquietó a las razones de Fray Martín.

## Fray Martín y los Hombres

Con mayor razón aún que el poverello de Asís, o que Foucauld, Fray Martín se convirtió en el hermano universal, y con esa dulce fragancia criolla que lo hace el niño grande, bueno y limpio de corazón. Emociona asomarse al panorama de virginidad intacta del corazón de aquel mulatico, hijo natural, y por lo tanto hijo del pecado.

En él cabían todas las criaturas de Dios, pero sobre todo los hombres. El **prójimo** era una palabra que Fray Martín interpretó en dimensión cósmica.

René Voillaume, el fundador de los Hermanitos de Jesús, parientes tan cercanos espiritualmente del mulato limeño, escribe desde Lima una provechosa carta-tratado a sus hijos sobre la amistad y en ella palpita la presencia de Fray Martín: "Esta mañana, al ir a rezar delante de la urna donde reposan los restos de mi amigo el bienaventurado Martín de Porres, he constatado que él tenía su manera, muy penetrante y persuasiva, de daros luz sobre las cosas de la caridad, y de sugerir las palabras para expresarlo... Como este tema de la amistad es difícil, y como tal vez no voy a poder expresaros al respecto todo lo que pienso, pido a Dios que permita al hermano Martín ir al encuentro de cada uno de vosotros, que os explique lo que yo haya dicho mal, o complete lo que haya omitido, y ponga en vuestro corazón esta humildad y esta docilidad propias del amor, y cuyo secreto posee él". (Lettres aux Fraternités, tomo 1, pags. 101.102)

¡Qué bien descrito el papel del hermano Martín: ser misionero, enviado del amor de Dios a los hombres, ser él mismo un mensaje, una carta viva de la presencia amorosa de Dios bueno en este mundo!

Y la caridad finísima de Fray Martín se empezó a ejercitar con los de casa. Para el fiel cristiano este rostro de la caridad doméstica es el más desagradable. Y las pequeñas, o grandes, ofensas familiares, son las que más tarde se cicatrizan. Era el hermano Martín el barbero de los frailes del convento, que no debían ser menos de 300, los más de ellos estudiantes. ¡Cuántas

veces tuvo que aguantar, parapetado tras su sonrisa, las mil impertinencias de algunos de ellos! Uno, molesto porque el barbero no le había hecho el cerquillo monacal tan perfecto como deseaba descargó sobre él su vanidad herida: "Perro mulato, hipócrita y engañador"... Martín le dió la razón, y se postró a sus pies pidiéndole perdón. En otra ocasión supo que el convento tenía serios inconvenientes económicos, y que el superior iba a pedir un préstamo para alimentar a los estudiantes. Fray Martín se presenta a él: "Padre Prior, no se aflija. Vuestra Paternidad por la necesidad del convento. Yo soy el esclavo de la Religión y vendiéndome se socorrerá. Y no solo será remediado el convento con el dinero que reciba por mi venta, sino que tal vez me proporcionará mayor bien si logro un amo, que tratándome como merezco y no con la suavidad de vuestra Paternidad, me enseñe a bien vivir".

¡Cuántas veces el cruel latigazo, repetido en todos los modos verbales, de "negro repugnante y perro mulato" hirió el sensible corazón del humilde donado! Uno de los estudiantes se lo echó en cara en determinada ocasión, pero el superior le impuso una grave penitencia. Condolido Fray Martín acude a él y le implora casi lloroso el perdón para el ofensor: "El hermano tiene razón, y ha dicho la verdad, porque soy perro mulato, gran pecador, y él conoció a mi madre que era negra".

Campo de bendición fue la enfermería del convento. Como enfermero ejerció en ella su exquisita caridad con sus hermanos. Las bellas anécdotas de su delicadeza darían para un libro entero. Las florecillas de Fray Escoba serían un **bestseller**.

Bastaba que un enfermo, sobre todo si era un joven novicio, le necesitara para que a los pocos instantes se presentara, aun con las puertas cerradas. Bastaba que interiormente dijera el enfermo: "Oh, si estuviera aquí el hermano Martín"! Para que se hiciera presente, y si no tenía llave pasaba a través de las paredes. Un joven enfermo le dice un día: "¿Cómo has entrado aquí?" "No te metas a bachiller, duerme y descansa", le contestó Fray Martín.

Su caridad para con los pobres hacía de Fray Martín un "jubileo", como donosamente lo califica el P. Tornero, O.P. en su bella biografía. (Fray Martín de Porres, Apóstol de la Justicia social, Caracas 1938). Fué muchos años padre de los pobres, y el limosnero de la próspera metrópoli colonial, se hizo mendigo de los mendigos. Tuvo una concepción amplia de la caridad, y supo remediar no sólo la pobreza de los individuos, sino aportar soluciones a la miseria colectiva y a las plagas sociales. Hace construir un colegio para huérfanos, y una casa de refugio y educación para muchachas en peligro, y consiguió dotar a muchas de ellas para que contrajeran honrado matrimonio. Se trasladaba misteriosamente a enormes distancias para aliviar a los enfermos. Más de una vez sus hermanos le vieron salir volando, rodeado de luces, hacia misteriosos destinos. Hay

testimonios verídicos de esos viajes, y de su presencia en Filipinas, y en Argel al mismo tiempo que en el convento de Santo Domingo. ¿No iría alguna de aquellas noches a conversar de Dios con su venerable hermano el leguito jesuita que se santificaba por aquél entonces en el Colegio de Montesión de Mallorca, y con el discípulo de éste, el carismático apóstol de los negros esclavos de Cartagena de Indias, Pedro Claver?

Diariamente recorría la ciudad pidiendo limosna para sus pobres. Las limosnas del domingo eran para vestir a los indios y a los negros; las del lunes y sábado para decir misas por las almas del purgatorio; las del martes y miércoles para familias pobres vergonzantes; las del jueves y viernes para los estudiantes y clérigos pobres.

Lima parecía necesitar la presencia amable de Fray Martín en sus calles, y pocos se atrevían a cerrar las puertas a aquel hombre de quien cada día se contaban nuevos prodigios. Hay una bella anécdota que revela el poder taumatúrgico del hermano mulato, y la confianza que le tenía el pueblo. Eran tantos los prodigios que hacía, que los superiores para bien, y paz del viejo convento, le prohibieron hacer milagros sin permiso. En cierta ocasión un albañil resbaló y cayó de lo alto del andamio. Pasaba por allí cerca Fray Martín. El albañil se acordó de él: "Hermano Martín, sálveme".—Espere un momentico, hermanito, le repuso el aludido. Voy a pedir permiso, y vengo al instante." Y allí, suspendido en el aire, esperó la vuelta de su salvador.

### Fray Martín y los Animales

Todo lo que tenía vida reflejaba para el hermano Martín la huella del Señor y veía el rostro de su Amado multiplicado hasta lo infinito en los seres de la creación. En los barrios de Lima se cantaba en los corros de niñas: "Martín, hermano mulato, —da de comer en un plato— a perro, ratón y gato".—La inocencia angélica de nuestros padres en el paraíso se vio traducida en la del humilde leguito dominico que subyugaba con ella a los animales. En un muladar vio una mula, casi agonizando y con la pata rota. Compadecido le habla: "Criatura de Dios, levántate y anda". Y la vieja mula se levantó y sirvió muchos años en el convento. El mayordomo del convento mandó matar a un perro viejo, que había servido durante veinte años en la casa. Fray Martín lo mandó traer, lo llevó a su celda y lo resucitó. Muchos años siguió el perro fiel a su amo agradeciéndole el favor recibido.

Recorría la ciudad buscando los animales enfermos, los acariciaba, curaba sus llagas, les hacía operaciones, y les recomendaba reposo hasta que cicatrizaran sus heridas. Y ellos le obedecían. Su amistad con los ratones ha quedado en el recuerdo del pueblo como una leyenda dorada. Uno de sus pobres se le presentó con una trampa para coger ratones. "Hermano, le dice Fray Martín ¿porqué hace éso?— Es que me royeron las medias"... Cae un ratoncito goloso en la trampa;

y el hermano le hace su sermón: "Vaya, hermano, y diga a sus compañeros, que no hagan daño, que vayan todos a la huerta, y allí les llevaré yo todos los días el sustento que necesiten".

Y era un espectáculo inolvidable ver todos los días a Fray Martín dando de comer a los ratoncitos de la huerta.

Los ciegos cantaban por las calles de Lima el romance de la reconciliación. Y los pintores y literatos han inmortalizado el cuadro. Tenía en la enfermería una gata y una perra, y cada día comían amigablemente de la misma escudilla. Un día se asoma un ratoncito. Desde lejos olisquea envidioso el succulento almuerzo. Gruñe el perro, y se encrespa el gato. Fray Martín cae en la cuenta y aconseja a sus viejos amigos: "Cálmense, criaturas del Señor, cálmense". Y acercándose al agujero de la pared; "y Ud., amigo pericote, véngase a comer, que me parece que tiene hambre, y los hermanos no le harán daño".

Le desagradaban cordialmente las corridas de toros, y aun las novilladas que en las grandes fiestas se celebraban en el convento, aunque no se usaban banderillas, ni se mataba a los novillos. Una vez se enteró que los dejaban varios días sin comer, para que fueran más agresivos. El, entonces, se fue a la huerta y les trajo su buena ración de alfalfa, que repartió entre ellos acariciándoles como si fueran corderitos.

Estaba agonizando, y oye a los médicos que le convendría un buen caldo de gallina. Alza la cabeza y protesta dulcemente: "¿Para qué quitar la vida a esa criatura de Dios? Ya saben que Dios quiere que muera y no me van a aprovechar las medicinas"...

### Fray Martín y Dios

El Señor se regalaba con su hijo Martín. Pocos siervos de Dios han sido favorecidos de Cristo con tan exquisita finura. En aquellos tiempos de tan poco frecuente comunión él comulgaba tres veces por semana. Después se escondía bajo una escalera, o en la sala capitular y se le pasaban las horas en hondo éxtasis. Había que ordenarle por obediencia volver a la vida normal. Ayudaba todas las misas que podía, y no soltaba el santo rosario de sus manos morenas. Todo el día estaba sumergido en Dios. Sus mortificaciones, y las terribles disciplinas que varias veces al día se infringía entre insultos a su persona eran voz común entre sus hermanos. De una castidad angelical, nadie pudo notar en él nada que la desdorara.

Muchas veces estando en la sala capitular era arrebatado a los aires y quedaba abrazado al santo crucifijo. Más de una vez le vieron atravesar en la noche los aires rodeado de resplandores. Como su contemporáneo el santo portero jesuíta de Mallorca, Alonso, Martín conocía los secretos de Dios y más de una vez los sabios

maestros de teología del convento de Santo Domingo oían estupefactos al humilde leguito disertar maravillosamente de los misterios más profundos del Señor.

Su dominio de la Sagrada Escritura y de la Suma Teológica de Santo Tomás eran admirables, y sus citas tan perfectas que denotaban que un Maestro superior a los de la tierra le había adoc-trinado en la ciencia de Dios. Grandes teólogos y predicadores, lo mismo que profesores de la Universidad y dignidades del gobierno y de la Iglesia, venían al convento a consultar con él. Sus respuestas precisas y llenas de luz servían de guía a muchos hombres respetables. Pero el hermano Martín gozaba más enseñando la ciencia de Dios a los niños de los campos y de los barrios pobres de Lima, y rodeado de ellos las horas se le hacían instantes.

Un día apareció barriando los pasillos del convento con un hábito nuevo. "Hermano Martín, ¿estrenando hábito?—Con este hábito me van a enterrar.—El leguito mulato se había vestido de gala para el encuentro con el Esposo. Cuando el pueblo de Lima se enteró de su agonía, el convento entró en jubileo. El Virrey, Conde de Chinchón, que tanto le apreciaba y le ayudó con sus limosnas, quiere despedirse de él. Está, sin embargo, en éxtasis, y tiene que esperar. El Superior le reprende: "¿Hermano Martín, porqué hizo esperar a tan ilustre visitante?"—Dispense, Padre, pero tenía visita más importante. Estaba con mi patrona y abogada la Virgen Stma., con mi Padre Santo Domingo, San Vicente Ferrer, y otros santos y ángeles..."

Aquella muerte fue la lección más maravillosa de Fray Martín. Allí estaban todos sus hermanos, y los personajes más importantes de Lima, y junto a su lecho, como él lo confesó, la Virgen Stma., San José, Santo Domingo... Cuando el coro de los hermanos llegó en la recitación del credo a aquella frase "y se hizo hombre" apretó el Santo Cristo, y expiró.

Desde el cielo Martín de Porres continúa su labor de bendición. Principalmente sobre el tercer mundo, compuesto de esta innumerable muchedumbre de sus hermanos de raza y de sangre, que padecen hambre, golpeados por las setenta plagas de la miseria universal. En la gloria de Bernini, Martín de Porres va a ser una nota pintoresca de "color". En su carne morena Dios se ha volcado en un alma angélica, condenando con la manifestación de sus beneficios ese horrendo crimen humano que se llama discriminación racial. El Señor, como en su Madre bendita, hizo también en aquel humilde mulatico, maravillas. En San Martín de Porres se une África y Europa en este cemento de nuestra raza latinoamericana, que queda canonizada en él.—La Canonización del hermano Martín es una fuerte llamada a la esperanza en esta hora crucial de Latinoamérica.

JUAN M. GANUZA, S. J.